# Palestina es grito, llanto, resistencia

*Ana Siufi,RSM; Equipo de Justicia del Instituto*

*Nos han robado hasta la primavera, pero no pueden con nuestra canción,*
*parece frágil pero no se entrega, sigue cantando como vos y yo.* —T. Parodi

En octubre estuve en Palestina, adonde fui como integrante de una delegación de paz y solidaridad conformada por unas 15 personas y coordinada por las organizaciones FOSNA y Sabeel. Es difìcil describir lo que vimos y escuchamos porque el dolor metido en el alma y en el cuerpo todavía late y me arranca làgrimas cada vez que hablo de lo vivido.

El régimen israelí prohíbe entrar en Gaza, para que no veamos esa montaña de escombros y cadáveres en la que sobreviven o mueren todavía los gazatìes en condiciones inhumanas y bombardeados con total impunidad.

Aunque a algunas delegaciones internacionales no les permiten ingresar a Cisjordania o son deportadas con excusas falsas, nosotros pudimos entrar y escuchar los testimonios sobre la opresión y la violencia que el sionismo practica sobre ellos cotidianamente desde 1948, buscando convertir la vida de las familias y comunidades en una situación insoportable e invivible. Vimos como pisotean los derechos humanos para impedir una vida personal y social con libertad y paz, obligándolos a migrar y así apropiarse de todo el territorio palestino.

Una forma de hostigarlos es impedir la cosecha de olivas que debe hacerse en octubre. Las familias están en constante peligro de ataques de grupos violentos (settlers) que buscan impedir la recolección, en àrboles que tienen muchos siglos dando frutos y sustento a sus ancestros. Cuando estuvimos en las fincas, el ejército israelí nos vigilò con un dron por el “delito” de ayudar con la cosecha y los invasores atacaron muy cerca nuestro a diplomáticos, periodistas y a campesinos palestinos. Amenazar, destruir casas, matar animales, arrasar con olivares ancestrales, golpear, encarcelar sin juicios, cerrar rutas y fronteras, invadir y matar es el accionar cotidiano del régimen israelí que emplea civiles armados o directamente el ejército israelí para que no se pueda vivir en paz, libertad y dignidad.

La ideología sionista (surgida a fines del siglo 19) desde 1948 justifica y disfraza de victimismo y religión una política de limpieza étnica, eliminación de quienes se oponen al robo de su tierra y ocupaciòn destructora de los países vecinos, sosteniéndose en el supremacismo, el racismo y el poder del mundo financiero, el armamentismo y el apoyo incondicional de EEUU, la Unión Europea y algunos países árabes.

“Hay algo precioso aquí” dijo Phil, un compañero del grupo, con su sensibilidad juvenil. El pueblo palestino ama su tierra, su familia y su identidad, todavía cantan y danzan y expresan su arte en medio de tanta desolación. Buscan formas creativas para escapar de tanta opresión cotidiana y mayoritariamente organizan una resistencia no violenta a esta limpieza étnica y genocidio. “Yo no quiero odiar” nos dijo un campesino a quien hace años buscan arrebatarle la tierra de sus antepasados y a pesar de su cansancio, continùa defendiendo por todas las formas posibles, los derechos familiares demostrados legalmente, pero ignorados por el gobierno israelí.

Sin dudas este sufrido pueblo palestino necesita màs que nuestras palabras, requiere nuestra presencia para asegurarles que no los abandonamos, que esta tierra que caminaron Jesús y María, debe brindar justicia y paz a quienes la habitan ancestralmente. Lo que no hacen los gobiernos, lo haremos los pueblos porque acà se juega el futuro de la humanidad, un mundo con el Derecho internacional respetado, que impida el triunfo del dinero y las armas deshumanizadoras, porque el amor solidario que boicotea económicamente, denuncia y se hace presente allì por mar o tierra, puede frenar el odio y la ambición mortal que mueven el avance sionista.

El pueblo palestino es una esperanza que se niega a rendirse, es vida que renace entre las piedras, es fuerza que habita en sus heridas, es sangre que guarda memoria, es apego a la tierra enfrentando al despojo, es amor a su familia e identidad que grita a la humanidad: “no nos abandonen!”.

Para mí estar allì fue un gran privilegio, un tiempo de profundas emociones, una lluvia de regalos al alma que recibì de testigos que sueñan con el derecho de vivir en paz, mientras padecen su crucifixión. Fue compartir dos semanas con un grupo de compañeros que demostraban su fe comprometida con el oprimido y el cuidado mutuo. Fue enterarme que mucha gente solidaria y organizaciones de diversos países, a pesar de los riesgos, se hacen presentes para acompañar y sostener a un pueblo que incansablemente resiste el despojo y lucha por sobrevivir . Fue confiar en que urgentes acciones liberadoras, denuncias y oraciones los ayudarán a lograr soberanía, a habitar su tierra ancestral y a reponerse de tantas pérdidas.